

La bandeja de plata

“¿Quién eres?”

Y el joven calmo le responderá: Soy la bandeja de plata sobre

la que te han servido”

Nathan Alterman, La bandeja de plata

En una entrevista con Ehud Barak, celebrada varios meses antes de que fuera elegido para el cargo de Primer Ministro, declaró que de haber nacido palestino, muy probablemente se habría integrado en una organización terrorista. Sus rivales en el Likud no dudaron en hacer uso de esta frase en su campaña electoral, acompañada de otra como diagnóstico: “Algo le funciona mal a este hombre”. Los allegados a Barak presentaron aquella expresión como un lapsus, esperando que desapareciera por sí misma. El propio Barak se apresuró a negar lo que había manifestado. Esta frase, más de lo que legitima el terror, invita al israelí a un breve simulacro en cuyo marco será él quien se encuentre bajo ocupación y deberá elegir cómo combatirla. Es posible tomar dicho simulacro como un juego de roles que permite conocer mejor al enemigo, siendo factible también el convertirlo en un juego de identificación, un instrumento para una

comprensión empática de la parte contraria. En el curso de la campaña electoral, dijeron sus seguidores, Barak no tenía otra alternativa que minimizar esa expresión para no continuar suministrando armas a sus rivales. Pero una vez que Barak comprendió que esa manifestación no condujo al Likud a la victoria en las elecciones anteriores, podía haber vuelto a adoptarla, convertirla en algo de su entorno, en una guía y una brújula para los contactos sobre la paz y la guerra que mantuvo con los palestinos. No lo hizo. Eligió desprenderse una y otra vez de esa frase, como también de la posibilidad de reconocer el sufrimiento del palestino y comprender su lucha desde un punto de vista palestino.

Una identificación con el sufrimiento palestino podía haber quebrado la simetría entre éste y el sufrimiento israelí, que la izquierda sionista produce con devoción. Tal identificación podía haber permitido al sufrimiento palestino entrar a formar parte de las negociaciones, a las que Barak procuró mantener en una zona esterilizada de debates objetivos, cual si de una negociación mercantil se tratara. Una identificación de este tipo podía haber revelado la relación jerárquica concreta entre ocupante y ocupado y conducir a la integración del sufrimiento palestino como un factor de peso en el balance de las indemnizaciones de la paz. La simetría en el área del sufrimiento, utilizada como un arma frecuente en manos del conquistador israelí, permite eliminar las diversas condiciones que generan el sufrimiento en cada una de las partes, y de esa forma “proteger” al sufrimiento de una politización que la acercaría al plano humano universalista. Cuando el ocupante israelí llega a la mesa de negociaciones con este arma entre las manos, no resulta sorprendente que los encuentros de paz se conviertan enseguida en encuentros de guerra. Una guerra que se libra por los límites de la guerra, guerra por la esencia de la guerra, guerra por las armas que definen una guerra, guerra al monopolo-

NUMEROSAS FOTOGRAFÍAS PUBLICADAS EN LOS **periódicos** EN LOS PRIMEROS MESES DE LA INTIFADA DE AL-AKSA MUESTRAN UNA IMAGEN FRECUENTE DE UN POLICÍA **palestino** ARMADO RODEADO POR UN GRUPO DE NIÑOS. EN UNA DE ÉSTAS, TOMADA POR UN FOTÓGRAFO DE LA AGENCIA ASSOCIATED PRESS (*HAARETZ*, 16-11-2000) SE VE A UN POLICÍA PALESTINO CUYAS MANOS SUJETAN **el arma** LISTA PARA DISPARAR, SU DEDO CERCAO AL GATILLO.



lio de las armas, incluyendo —y a veces primordialmente— las armas simbólicas, guerra por la representación de la guerra, guerra por el derecho a combatir. Todos estos son frentes en la lucha palestina contra la ocupación, así como en la lucha israelí por perpetuar la ocupación bajo condiciones de no-beligerancia.

Una de las características de la Intifada de Al-Aksa es el cambio en la actitud palestina hacia la simetría como arma simbólica. En lugar de combatir la simetría, o sea, esforzarse por refutar la representación simétrica de la condición de ocupación que el ocupante israelí produce, y presentarse a sí mismos como víctimas de la conquista, han pasado los palestinos ahora a luchar contra la simetría, es decir a lidiar contra el monopolio que el ocupante desea crear sobre la creación de relaciones simétricas y su confinamiento al terreno del sufrimiento. La simetría se convirtió, en sus manos, tanto en el objeto de la lucha como en el arma. La lucha es por la

creación y distribución de más y más imágenes simétricas cuyo objetivo es hacer que los israelíes vean reflejada como en un espejo su propia imagen, sus mismas palabras y acciones cada vez que hablan sobre la ocupación y actúan en su marco. En otras palabras, mediante la proliferación de imágenes simétricas, los palestinos intentan forzar a los israelíes a verles y a través de ellos a la ocupación y, sobre todo, al reflejo de ellos mismos, como una suerte de presencia molesta en la imagen de la ocupación. Esta presencia es particularmente molesta, así lo mostraré enseguida, precisamente cuando el israelí es eliminado de la imagen y ésta se le presenta como una foto fija, muerta, de muertes.

Comenzaré por la creación de simetría. Numerosas fotografías publicadas en los periódicos en los primeros meses de la Intifada de Al-Aksa muestran una imagen frecuente de un policía palestino armado rodeado por un grupo de niños. En una de éstas, tomada

por un fotógrafo de la agencia Associated Press (*Haaretz*, 16-11-2000) se ve a un policía palestino cuyas manos sujetan el arma lista para disparar, su dedo cercano al gatillo. Un ojo mira hacia delante, orientado hacia donde está emplazado el fotógrafo; el arma apunta hacia atrás, con una inclinación en diagonal, preparada para tirar hacia el otro lado de la empalizada de piedra baja, que supuestamente debe protegerle del fuego dirigido a él. Su oído está atento, como si tratara de compensar su campo visual limitado y ayudarle a recoger datos sobre la situación. El policía está rodeado de jóvenes no armados, que también intentan de alguna manera proteger sus cuerpos. El oído atento indica al observador que se trata de una situación de tiroteo. Cuidado, aquí se dispara. ¿Qué demonios hacen a su lado, pues, esos niños? ¡Pero si se trata de una guerra! Y la guerra, como la entiende el país [ocupante] es una cuestión de soldados. [Soldados, como se sabe, tiene únicamente el país conquistador.] Todos los demás son alteradores de la ley y el orden, terroristas o *Tanzeem*. El periódico nos hace encontrarnos con los niños del vecino entregados a la muerte, niños que deambulan por las calles de la guerra, son enviados a ella bajo los auspicios de los adultos. Pero no se conforma con ello. Mediante la información al pie de la fotografía, el periódico suministra información acerca de la cínica explotación de la muerte por parte de los palestinos mismos: “Un policía palestino y un grupo de jóvenes, ayer, en Ramalah”. Estos datos secos son transformados dentro del escrito propiamente dicho en una sentencia enunciada con autoridad, de que los palestinos hacen manipulaciones con la muerte: “Según cuadros jerárquicos de Tzahal, el Ejército de Defensa de Israel (EDI), los palestinos informan acerca de muertos en tiroteos nocturnos como si hubieran muerto por disparos en manifestaciones”. El texto no indica un caso específico que pueda verificarse, sino que se conforma con una alegación general sobre palestinos abstractos, que según la aseveración de cuadros jerárquicos no identificados, han muerto de una manera y no de otra. Los palestinos, según trata de decir el periódico a sus lectores, juegan con cifras; están ocupados en relaciones públicas y en su intento por denigrar la imagen del Ejército de Defensa de Israel y presentarlo como un ejército que dispara contra civiles no armados. Aquí, por ejemplo, el periódico se dirige hacia nosotros: observad detenidamente la foto. Junto a cada pandilla de muchachos hay un policía armado que dispara, disparó o que está a punto de disparar¹.

No quiero detenerme aquí sobre la veracidad del argumento de aquellos “cuadros jerárquicos”, ni en relación con el caso descrito en la fotografía, ni de forma más general, sino observar la estructura del argumento y su condición sintomática. ¿Cuál es la estructura del argumento? Un oficial de alto rango del EDI, pero puede ser también cualquier otro israelí-judío —oficial militar, funcionario, cargo electo, civil, colono o juez— se presenta frente al cadáver silencioso del palestino y asume el derecho a hablar de su

muerte. No se trata sencillamente de palabras sobre la muerte, sino de palabras cuyo objetivo es negar la forma en que fue presentada la muerte por los palestinos, cuestionar sus circunstancias, quitarse de encima la responsabilidad por ella y quejarse por la forma en que la presentación de este deceso es gestionada por los palestinos, tanto en el plano personal como en el social, todo ello poniendo énfasis en la diferencia entre los dos pueblos respecto de la forma en que encaran la muerte y, por supuesto, presentando a los palestinos como inferiores, salvajes o manipuladores.

Este argumento tiene una existencia ritual y surgió durante los primeros meses de la Intifada, prácticamente cada vez que el EDI provocaba la muerte de otro palestino. Pretende otorgar a la muerte palestina un sentido, penetrar dentro del hermetismo del cadáver y adherirle una especificación técnica, un precio o valor, algo que pueda reciclarlo e incluirlo nuevamente en la circulación [sanguínea] de la ocupación. En numerosas oportunidades puede verse en estas palabras un alegato, una especie de *kit* oratorio preparado de antemano para eludir una responsabilidad. Pero también entonces las palabras incluyen algo más, que para entenderlo debe suspenderse e intentar eliminarlo momentáneamente del primer plano de la escena y preguntarse: ¿qué es exactamente lo que se presenta en la situación del palestino —el muerto o el vivo— que presiona al portavoz israelí a intentar asumir una propiedad por la muerte del palestino? ¿Qué empuja a los israelíes a asistir a entierros, a provocar a los deudos enlutados con su presencia armada, a convertir cada muerte en un grano de arena adicional de salvajismo? En otras palabras, ¿por qué se empeñan los israelíes en restituir al palestino muerto al escenario en el que el israelí adopta la postura de espectador, observador y portavoz? La respuesta a esta pregunta puede extraerse en numerosas ocasiones de las fotografías de los cortejos fúnebres de los muertos en la Intifada de Al-Aksa. Una de éstas, también obtenida por un fotógrafo de AP (*Haaretz*, 28-11-2000) durante los funerales de cinco caídos en el curso de una acción del EDI en Kalkilia, se imprimió en el periódico en la misma página en que se informaba sobre una conferencia de prensa con el comandante de la región sur, acerca de las circunstancias de la muerte del niño Muhamad A-Dura en el cruce Netzarim, con un texto reiterado del argumento que presenté anteriormente. Esta vez aparecía el argumento en otra de sus frecuentes versiones. Los palestinos son presentados como personas que de hecho buscan su muerte: Al final de su ronda de prensa, el [general] Samia formuló ‘preguntas sin respuestas’: qué hacía el niño en el cruce, por qué no abandonaron el padre y su hijo el lugar durante el tiroteo... Cuando se le preguntó a qué aludía, afirmó que estas preguntas deben dirigirse al padre, Gamal A-Dura². Como ya se ha dicho, no era la primera vez que periodistas, militares o políticos se preguntaban ‘¿qué hacía allí el niño?’, pregunta cuyo objetivo es presentar al padre,



EN LA FOTOGRAFÍA DEL **funeral** EN KALKILIA SE VEN CINCO CUERPOS PORTADOS POR LAS MASAS. ESTÁN COLOCADOS SOBRE CAMILLAS, QUE PARECEN **bandejas** DE PLATA DECORADAS CON BANDERAS PALESTINAS Y FLORES. LOS ROSTROS DE LOS MUERTOS ESTÁN MAQUILLADOS Y **reposados**, ENVUELTOS EN UNA KAFÍA QUE LES BRINDA UNA PROTECCIÓN QUE YA NO NECESITAN.

y por ende a todo el pueblo palestino, como alguien que hace un uso cínico de los chicos para obtener objetivos políticos o estrategias y hasta están dispuestos a sacrificarlos para ello³. Este discurso pretende simultáneamente crear un equilibrio entre israelíes y palestinos, como si no se tratara de una lucha entre ocupante y ocupado, sino de dos partes iguales que luchan entre sí, al mismo tiempo que para enfatizar la diferencia de valores: “los nuestros” son solamente soldados combatientes. Como si los soldados israelíes no fueran niños de 18 años cuyos padres les permiten caer bajo los auspicios del Estado. Pero la dimensión ritual de este argumento no se encuentra en el contenido del texto, sino en la formulación propiamente dicha del discurso, en un esfuerzo obstinado del israelí por convertir esta muerte, de la que es de hecho responsable, en una cuestión de palabras.

En la fotografía del funeral en Kalkilia se ven cinco cuerpos portados por las masas. Están colocados sobre camillas, que parecen bandejas de plata decoradas con banderas palestinas y flores. Los rostros de los muertos están maquillados y reposados, envueltos en una *kafía* que les brinda una protección que ya no necesitan. Cinco cuerpos mudos en manos de una masa encolerizada que se ensimisma en su dolor, en su lucha, expresando su duelo, gritos y sollozos que se alejan de todo texto. Éstas son voces que comprenden solamente quienes ya han pasado a

formar parte de la masa; de hecho, estas voces y la capacidad de participar en su producción son los determinantes de los límites de la masa. Estos son límites claros de coparticipación, que se cierran ante quienes no toman parte. No pierden el tiempo en modales de esclarecimiento y hospitalidad. Quien no pertenece, es expulsado de inmediato, con gesticulaciones, voces, con movimiento. Vista desde fuera, la masa puede ser considerada como revoltosa o enardecida, aunque de hecho está encerrada en sí misma, entregada a una coparticipación extática, que muy pronto volverá al curso cotidiano, a la rutina de la ocupación.

El recogimiento de la masa alrededor del difunto es un momento en que la masa palestina puede expulsar de sí por completo al israelí, alejarlo del todo, crear durante una hora escasa un lugar exento de ocupación. Este autoencierro de la masa palestina tiene algo tan amenazador, precisamente, porque el resto del tiempo, incluyendo el tiempo en que se desarrollan los combates propiamente dichos, israelíes y palestinos se mezclan entre ellos en diversas formas, odiando y amando, colaborando y dañando, consultando y engañando, ocultando y hablando con franqueza. Generalmente el israelí tiene, por su propia índole de ocupante, un derecho que se confirió a sí mismo y una capacidad, que mantiene, de cortar de vez en cuando los lazos híbridos entre las partes e imponerles

una limitación a un molde de violencia y jerarquía —la existente entre controlador y controlado—. Paradójicamente, este momento del funeral, el momento en cuyo centro se encuentra la presencia de un muerto, la presencia de una muerte que es producto de la ocupación israelí, es el único momento en que el palestino es quien impone un molde propio al conjunto de las relaciones que mantiene con el ocupante israelí⁴. Es el momento en que el ocupado echa al ocupante, le confina fuera del encuadre, le aleja de todo canal de comunicaciones y le impone una imagen cristalina de su maldad. Es una imagen que lo deja con una categoría de enemigo neto, un extraño, un observador no deseado, un huésped no invitado, responsable de la muerte presente aquí y ahora, aquél cuya presencia fuera de imagen sólo atestigua su responsabilidad por la imagen. Frente a esta imagen difícil, frente al sórdido mutismo que contiene, a la otredad de las voces de dolor y pesadumbre, el israelí vuelve a activar su máquina de hablar. Una vez más pretende comerciar con la muerte del palestino, detallarla en sus nimiedades burocráticas, parlotear al respecto mediante una contabilidad que siempre arrastra el debe a la columna del otro y muestra al israelí como un ocupante ilustrado. En las manifestaciones, sus balas siempre están hechas de goma; frente a civiles no armados sus impactos son causados siempre por error; frente a terroristas armados sus misiles son siempre inteligentes; las listas de sus víctimas selectivas son siempre exactas; sus helicópteros asesinos obran siempre de manera inmaculada.

Volvamos a mirar la primera fotografía en que se ve al policía palestino y a los jóvenes que observan sus acciones. Esta foto se publicó encima de una nota que informaba sobre la visita de Beniamín Nethanyahu al barrio Guiló. En el marco de la visita, Nethanyahu insistió en que deseaba visitar la calle Haanafa, a pesar de las instrucciones expresas de sus guardaespaldas: “Si viven allí tantas familias, ¿no puedo visitar yo aquello?”. Tras consultas con el comandante policial de la zona, el comisario Yair Itzhacki, se eligió el circuito óptimo para el recorrido. Mas, contrariamente a la estimación de la policía y a sus intenciones, la masa que esperaba a Nethanyahu se sumó a él y le escoltó sin que los uniformados lograran impedirlo. Así, con una cercanía fortuita, el acto irresponsable e impulsivo de Nethanyahu —su presencia arrogante en pleno corazón de una zona expuesta a la artillería para manifestar su condición de macho, de dueño, de soberanía sobre el terreno— fue presentada como la imagen reflejada de los jóvenes combatientes palestinos. De pronto, en la página 2-A de *Haaretz* se encontraba la organización juvenil palestina, el *shabab*, comparando con Nethanyahu el mismo *ethos* combativo que provoca al rival increpándole: “ésta es mi casa y los proyectiles del enemigo no podrán conmigo”.

Esta similitud entre las dos situaciones esqui- va tanto la cuestión de la influencia, la prioridad o la primacía entre las situaciones,

como la cuestión de las intenciones de los directores de los periódicos. Podía haberse salvado el parecido entre las dos situaciones en este caso específico con el argumento de que se trata de un asunto casual. Sólo que esta casualidad se repite una y otra vez, hasta que queda claro que es un método, parte de una estrategia postcolonial audaz, fuerte e imaginativa del conquistado palestino, agobiado tanto por la ocupación israelí belicosa como por la ocupación israelí por vías pacíficas. La esencia de la estrategia es “genere- mos simetría” en todo lugar en que ello sea posible, particularmente en aquellos lugares en los que el ocupante israelí se empecina en que no la haya. En otras palabras, tanto la simetría como la asimetría creadas por el ocupante, son síntomas de la ocupación, parte de su mecanismo de dominio, y de ello se desprende su condición de blancos que deben ser atacados, exactamente con las mismas herramientas. Seguidamente mencionaré algunos ejemplos del arma de la simetría cuando es activada por parte del conquistado.

Pocos meses después de la eliminación del líder del Frente Popular, Abú Alí Mustafá, fue eliminado el ministro Rehabam Zeevi. En el discurso público en Israel se presentó el asesinato de Zeevi como una transgresión, haciéndose hincapié en la diferencia entre esta transgresión y las eliminaciones selectivas “justificadas” que Israel hace entre los dirigentes palestinos. Unos pocos periodistas que cubren los acontecimientos desde el terreno e informaron acerca del “punto de vista palestino”, supieron o lograron insinuar la simetría entre los asesinatos selectivos. Pero del lado palestino, la imagen se ve de la siguiente manera: “si hay asesinatos selectivos de los líderes palestinos, también habrá asesinatos selectivos de nuestra parte. No estaba en nuestro programa. El asesinato de un líder del Frente Popular no fue una cuestión sencilla [...] ¿Los israelíes se sorprendieron del asesinato de Zeevi? La cabeza de Zeevi no fue más cara que la cabeza de Mustafá”⁵. La simetría que se desprende de las palabras de Maruán Barghuti, uno de los líderes de la Intifada, no se refiere únicamente a la igualdad en los valores de los dos dirigentes. Alude también a la violencia justificada activada contra ellos. Frente a la postura de “no teníamos alternativa alguna” que Israel adopta regularmente, presenta Barghuti la eliminación de Zeevi como parte de la política de “falta de alternativas” palestina: si Israel liquida a líderes palestinos, no nos queda más remedio que liquidar líderes judíos. En una entrevista con Barghuti, llevada a cabo aproximadamente un año después del estallido de la Intifada, éste describe una y otra vez la situación a través de la lente de la simetría: “De veras quisiera que todas las organizaciones se concentren en los territorios [palestinos]. Mas entiendo por qué realizan acciones en Israel. ¿Por qué podríais sentir seguridad en Tel Aviv y nosotros no sentimos seguridad en las calles de Ramalah y de Belén? ¿Por qué? Más del 80% de los caídos murieron en zonas A. Para mí, ahora, Ramalah y Tel Aviv son zona A. Iguales. Si desea Ud. seguridad en Tel Aviv,



EL DÍA DEL ENTIERRO DE LEAH RABIN APARECIÓ YASSER ARAFAT EN LA **televisión** ISRAELÍ DURANTE UNOS BREVES MINUTOS. SE DIRIGIÓ AL PUEBLO DE ISRAEL Y DECLARÓ QUE LOS PALESTINOS "ESTÁN DETERMINADOS A CONTINUAR EL **proceso** DE PAZ [...] PAZ DE VALIENTES EN LA QUE CREO Y EN LA QUE VEO UNA ELECCIÓN **histórica** IRREEMPLAZABLE".

otorgue seguridad en Ramalah". Barghuti ataca de frente el discurso de la ocupación que perpetúa las relaciones entre ocupante y ocupado, mediante la adopción de moldes lingüísticos que durante años permitieron a la ocupación mantenerse en silencio y tranquilidad. El más destacado quizás es el de la palabra "seguridad", que fue presentada siempre como un ingrediente para los israelíes exclusivamente, haciendo caso omiso de la falta de seguridad en que vivían los palestinos. Con sus palabras, Barghuti no pretende expropiar a los israelíes de estos moldes, sino apenas compartirlos en forma igualitaria y quebrar de una vez por todas la ecuación asimétrica de "ocupación y seguridad" bajo las apariencias de "paz y seguridad".

Barghuti hizo estas declaraciones como una estrategia justificada después de más de un año de lucha armada. Pero cosas similares se decían sobre el terreno ya antes de ello, a lo largo de toda la segunda Intifada². Así, por ejemplo, algunos días después del linchamiento realizado a dos reservistas israelíes en Ramalah, fuerzas especiales del EDI pene-

traron en zonas A y B, que se encuentran bajo la responsabilidad de la Autoridad Palestina, aprehendiendo allí a varias personas a las que se atribuía el haber participado en el linchamiento. "Cuadros jerárquicos de la organización Al-Fatah amenazaron ayer con una 'reacción encolerizada'", rezaba la noticia en el periódico. "Nuestra reacción será muy dura", declaró un dirigente de Al-Fatah, Husseïn A-Sheikh, al canal 1 de la televisión israelí. "Nos da la justificación para aplicar la mano libre, como por ejemplo para capturar a los asesinos del niño Muhamad A-Dura que halló la muerte en el cruce Netzarim"⁷. Cuando Sharon se dirigió a Barak y "pidió la cabeza de Dahlan", los palestinos amenazaron con pedir la cabeza de Mofaz. Frente a la expansión de Jerusalén hacia Ramalah por parte de los israelíes, los palestinos intentan desde 1997 (aunque sin demasiado éxito) expandir la ciudad de Ramalah hacia Jerusalén⁸. Frente a las declaraciones del EDI, según las cuales los palestinos emplean a sus niños en la guerra, el *sheikh* (jeque) Ahmed Yassin pronunció una filípica contra los colonos de la franja de Gaza, por abandonar a su suerte a sus hijos en zonas peligrosas (tras el atentado contra el autocar de niños en la región de Katif, noviembre de 2000). Frente a este doble discurso adoptado por los israelíes en sus contactos diplomáticos con los palestinos —conversaciones (de paz o de alto el fuego) por una parte y continuación del trato cruel por otra parte— también los palestinos firman memorandos y comprensiones, y paralelamente continúan disparando. Y aún antes de ello, en las postrimerías del gobierno de Barak, frente al discurso sobre todas las piedras que Israel volteó para construir el camino hacia la paz, apareció Arafat frente a las cámaras, incluidas las de la televisión israelí, declarando que los palestinos solamente miran hacia la paz. En respuesta a los patéticos debates que tuvieron lugar a comienzos de la Intifada entre el servicio de seguridad interna (*shabac*), el servicio de inteligencia militar y comentaristas como Zeev Schiff o Ehud Yaari, acerca de si Arafat es capaz de detener el fuego, se quejó ante su entrevistador Muhamad Dahlan, uno de los más encumbrados dirigentes de la Autoridad, del control parcial de Mofaz sobre sus soldados y sobre los colonos; unos días más tarde, Arafat en persona describió a Mofaz y su ejército como una fuerza independiente que ya no está sujeta a Barak.

Pueden añadirse gran cantidad de ejemplos. El arma de la simetría, incluso cuando está acompañada de la activación de violencia, como el terror o los asesinatos selectivos, no se equilibra con las armas de fuego o "inteligentes" que Israel puede activar. Sin embargo, su sofisticación impresiona por su capacidad de hacer añicos la imagen polarizada que Israel pretende trazar de forma constante, en todos los planos posibles. Esta imagen polarizada es la principal excusa para la no renovación de las negociaciones: no volveremos a negociar bajo fuego, sostienen una y otra vez los representantes del gobierno de Israel. Es decir: o negociaciones, o violencia, y mientras, continúan produciendo

do de forma reiterada la polarización entre la guerra de defensa estándar y legítima que ellos mantienen, y las acciones terroristas palestinas. Pero la imagen polarizada es correcta solamente para describir las relaciones de fuerzas concretas entre las dos partes, lo que puede verse incluso en el nivel visual de las fotos que reflejan la brecha entre los tanques y helicópteros que rodean a las ciudades palestinas, y un lanzamisiles portátil cuya fotografía exhibieron los palestinos en la primera página de *Haaretz*.

El arma de la simetría que adoptan los palestinos en las últimas semanas impone a los israelíes un cambio en la concepción simbólica de la realidad. La característica central de la nueva realidad es la presencia total palestina, es decir, el salir constantemente de los sitios y de los juegos de palabras que les habían sido asignados.

El día del entierro de Leah Rabin apareció Yasser Arafat en la televisión israelí durante unos breves minutos. Se dirigió al pueblo de Israel y declaró que los palestinos “están determinados a continuar el proceso de paz [...] paz de valientes en la que creo y en la que veo una elección histórica irreemplazable”. Esta declaración, formulada cuando en los territorios ocupados continuaba desarrollándose la lucha armada contra la ocupación, era visual y textualmente un reflejo exacto de la forma de hablar de jefes de gobierno israelíes —Shamir, Rabin, Nethanyahu, Barak y Sharon— cuando estos murmuran como un mantra su aspiración a la paz dentro de la rutina de violencia de la ocupación. La paz a la que se adhieren es la paz imaginaria de ellos mismos, y no tienen problema alguno en presentarla ante los palestinos al mismo tiempo que aceleran el impulso de los asentamientos de colonos o el ritmo de los asesinatos selectivos.

Ambas partes presentan ahora —aunque con frecuencia decreciente— su paz imaginaria, sin cesar de empuñar las armas. En este sentido al menos hay una verdadera simetría, que fue impuesta por los palestinos a los israelíes. Pero después de más de un año de derramamiento de sangre está claro que la imagen reflejada que tienen frente a ellos no puede hacer que los israelíes reconozcan el carácter asesino de su lucha contra los palestinos, y no les hace recapacitar sobre la justicia de su política. Ambas partes están aprisionadas en una sensación de falta de alternativa. El reflejo mutuo de la imagen de falta de alternativa no hace sino fortalecer el callejón sin salida. Este callejón sin salida genera más y más imágenes de simetría en una realidad que es asimétrica en sus cimientos, y cuya asimetría se torna más aguda cada día, con la dramática aceleración del empeoramiento de la población palestina durante los últimos meses. La simetría puede generarse únicamente en el área de la representación de las acciones violentas propiamente dichas, no en el de las relaciones de fuerzas concretas, ni el área de la responsabilidad, ni de los significados adicionales de la continuación de la lucha armada, ni en la política. El hecho de que

los palestinos continúen adhiriéndose a una representación simétrica es parte de su adhesión a la lucha armada. El que los israelíes nieguen la simetría en el área de las acciones de violencia solo para reproducirla en el área política es parte de su adhesión a la ocupación. Quizá sea necesario invertir las figuras. Supongamos por un momento —un pensamiento utópico, aunque no irracional— que los palestinos renunciaran por completo a la lucha armada, sin ceder un ápice en sus exigencias y sin entrar de ninguna manera en ningún marco de contactos con Israel. Supongamos que optan por una rebelión de desobediencia civil sin uso de la violencia. Será imposible representar entonces en términos simétricos ni la lucha, ni las relaciones políticas entre las partes. La falta de simetría en la realidad será entonces compatible con la asimetría en la representación de la realidad. Fuera de una intervención externa, una estrategia de tal tipo parece en la actualidad la única vía para quebrar el callejón sin salida. Pero ¿quiénes somos nosotros para proponer a los palestinos su estrategia de lucha? ■

.....

ARIELLA AZOULAY es artista y profesora de la Escuela Cámara Oscura de Tel Aviv.

NOTAS Y REFERENCIAS

- 1 Este argumento se repite en la nota publicada junto a la fotografía, e incluye información irrelevante sobre acontecimientos específicos en los que el Ejército de Defensa de Israel disparó contra los palestinos.
- 2 Cygielman, Anat, “El Ejército de Defensa de Israel: es más razonable que los palestinos hayan matado a A-Dura”, *Haaretz*, 28-11-2000
- 3 Para la justicia poética, es positivo el que el EDI haya negado su responsabilidad por la muerte de Muhamad A-Dura. De no haber sido así y de haber reconocido las fuerzas armadas por una sola vez la muerte de un niño palestino inocente, dicho reconocimiento en sí podía legitimar todas las demás muertes perversas que produjo y continúa produciendo entre los palestinos. El cadáver del palestino es el lugar por excelencia en que se escribe la ocupación, como un lugar en que la víctima es total, absoluta, una víctima que ya no puede ofrecer su versión.
- 4 El acto de terror interrumpe la situación híbrida y vuelve a polarizar a ambas partes. Pero en esta acción, el palestino no expulsa al israelí de su hábitat, sino que pretende marcar momentáneamente los límites de aquél y dejar la impronta de la ocupación. En un atentado suicida, el ocupado se autoelimina e impone a los israelíes su molde, su manera de gestionar la muerte, sin continuar permaneciendo en el encuadre.
- 5 Declaraciones de Maruán Barghuti en una entrevista con Guideón Levy, “Ahora la muerte ya no es un gran asunto”, *Haaretz*, 9-11-2001
- 6 La primera versión de este artículo, aparecida en el libro *Tiempo real* (en hebreo) (Adi Ofir (comp.), Jerusalén, Keter 2001, pp. 99-111) fue escrita en el mes de diciembre de 2000 y publicada en febrero de 2001, mucho antes de la eliminación de Zeevi.
- 7 Amos Harel, *Haaretz*, 19-11-2000
- 8 Nadav Shragai, “Husseini planea la construcción de un cinturón de barrios palestinos alrededor de Jerusalén”, *Haaretz*, 09-07-1997